El zumbido de la máquina de tatuar penetra en mis oídos inquietándome más que la propia aguja descargando su tinta bajo la epidermis de mi brazo. Poco a poco, los nervios y el sudor frío del comienzo desaparecen a medida que Orlando me cuenta anécdotas de su trabajo.

—¿Y tú por qué *desidiste* hacerte este tatuaje? —me pregunta sin poder disimular sus portuenses eses.

Me gusta que me haga esta pregunta. Significa que le importan sus clientes, que se interesa por la historia que hay detrás de sus diseños casi siempre en acuarela.

—¿Quieres que te haga un resumen o prefieres la versión extendida?

—Vamos a estar unas dos horas aquí dentro, ¿crees que a la versión larga dará tiempo? —Y aunque no puedo ver su rostro, sé que lo pregunta sonriendo.

Trago la poca saliva que a mi boca seca le queda en esta tarde de abril disfrazada de verano e intento que el dolor no le haga a mi voz temblar.

—Veamos, para que comprendas por qué estoy aquí hoy, debes escuchar una historia de mi pasado.

>>Cuando tenía tres años, recuerdo estar en la escuela sentada en una de esas mesas bajitas, inmersa en un ambiente más ruidoso del habitual. Nos habían juntado a las dos clases de infantil y por eso, además de mi maestra Doña Berta, estaba presente Doña Luisa. Tal vez porque esta segunda era más joven y más guapa que Doña Berta, despertaba en mí una admiración especial.

Aquel día nos dieron una ficha en la que había dibujados unos árboles que debíamos colorear y aprovechando que Doña Luisa pasaba cerca de mí, le pregunté si podía pintar los árboles rojos.

—¿De qué color son los árboles, Virginia? —me contestó ella. Y se alejó sin darme afirmación ni negación. Yo, que en mi camino del colegio a casa, veía esos típicos árboles de hojas granates traslúcidas al sol, no dudé un instante en utilizar el rojo para llenarlos de vida.

—¡Pero bueno! ¡Los árboles se pintan de verde! —me gritó Doña Luisa unos minutos después, al ver mi ficha terminada. —¡Eres una desobediente! Y ahora no da tiempo a repetirla, así que te la vas a llevar a casa así de mal.

Yo. Desobediente yo. Yo que no había roto un plato en mi cortísima vida estaba recibiendo mi primera regañina por parte de la maestra a la que adoraba. En ese momento no sé si me molestó más el rapapolvo o el vacío que dejó el sonido de esta maestra cayendo del pedestal en el que más que tenerla, la guardaba.

—Yo tuve un alum... —comienza a decir Orlando, que piensa que mi historia ha terminado.

—Pero no es esta la única razón por la que me estoy haciendo este tatuaje —interrumpo tajante—. No siempre he sido consciente de este recuerdo. De hecho, permaneció diecisiete años en conserva en su jugo sináptico. Diecisiete años apagado hasta que un día, mientras estudiaba Magisterio, se encendió.

Entonces Orlando arquea las cejas, concentrado en dibujar líneas permanentes a mano alzada sobre el lienzo de mi piel. De vez en cuando asiente con monosílabos y, a pesar de que el dolor me dificulta pensar con claridad, su silencio, ahora un tanto cómplice, me indica que quiere saber más.

>>Yo estudié Magisterio en Huesca y en segundo curso teníamos la asignatura Didáctica de la Educación Artística. Un día el profesor nos habló de la importancia de no matar la creatividad de nuestros alumnos:

—Si un niño quiere pintar un pingüino rosa pues que lo pinte rosa. ¿Por qué nos empeñamos en que nuestros alumnos repliquen la realidad? ¡La finalidad del arte es crear! ¿Qué sentido tiene hacer copias de algo que ya existe?

—¿Y fue *entonces* cuando recordaste lo que tú habías vivido? —me pregunta el portuense—. Porque casualmente acabo de terminar con el delineado y voy a *comensar* a dar color al dibujo.

Me levanto de la camilla y me miro en el espejo centrando mi atención en mi nuevo tatuaje. Solamente las líneas vacías son una verdadera obra de arte.

—Dime, ¿qué tipo de rojo prefieres? —me pregunta Orlando mostrándome cinco tonos de rojo distintos. Y una vez hemos decidido el pigmento adecuado, volvemos a nuestras posiciones.

—Lo cierto es que sí, fue en esa clase cuando recordé el episodio de mi infancia. Pero en ese momento no le di mucha importancia porque solamente lo vislumbraba vagamente e incluso pensaba que... que mi mente se había... inventado aquel recuerdo —digo, en un volumen de voz cada vez más alto a la vez que incomprensible.

El escozor en mi brazo comienza a ser insoportable y no logro evitar apretar los dientes al hablar. Mi respiración agita mis pulmones a descompás, mas la historia que he empezado debe continuar.

>>Otra de las asignaturas que yo cursaba ese cuatrimestre era Narrativa Infantil. Terminó siendo mi materia favorita y también la culpable de que ahora sea una coleccionista loca de los mejores álbumes ilustrados para niños. La impartía una mujer de unos cuarenta y muchos, estilizada y elegante tanto al conversar como al vestir. De ésas que pueden dar mil vueltas en la cama mientras duermen y al día siguiente hacerse un pseudomoño sin peine ni espejo porque hasta para no peinarse tienen estilo.

Esta profesora solía traer cuentos que leía y después analizaba. Uno de ellos despertó en mí una gran fascinación y como si de un proceso de bioluminiscencia se tratara, el recuerdo de mi infancia se iluminó con nitidez. El cuento se titulaba “El árbol rojo” y cuenta una historia sobre la esperanza. Entre sus líneas e ilustraciones encontramos ese remedio casero parecido al beso de una madre, que nos cura un poquito por dentro cuando creemos que toda nuestra vida está al borde de un precipicio.

—Parece que el universo quería que te tatuaras esto —dice Orlando—. ¿La frase que quieres que añada al final es de ese cuento?

—Sí, de hecho, es la última frase: “Tal como lo imaginaste”.

Permanezco unos minutos callada mientras Orlando me cuenta que él también estudió Magisterio y que vio cómo muchos maestros ahogaban la creatividad de sus alumnos.

Su relato me permite establecer con él una singular conexión, un entendimiento mutuo que me aporta comodidad. Guardamos silencio durante los siguientes casi treinta minutos. Un silencio cómplice que me alivia, ya que pertenezco a esa minoría de gente que no teme a la ausencia de palabras entre dos personas.

Esto se lo debo al profesor de Didáctica de la Lengua Castellana, un señor capaz de exponer la integridad de sus clases de forma oral. Lo fascinante era que, mientras exponía, podía quedarse callado durante un par de minutos mientras su mente daba forma a sus ideas. Y es que lo difícil de conversar no es hablar, sino callar. Porque es cuando callamos que nuestro cerebro nos grita y debemos ser capaces de domarlo para no acabar hablando por hablar sin importarnos la calidad de la conversación. Por eso, una persona que calla es una persona que piensa y, como es en nuestro pensamiento donde somos completamente libres, resulta estimulante a la vez que paliativo compartir esta libertad con alguien.

—Supongo que me estoy haciendo este tatuaje porque no quiero que los años me conviertan en el tipo de maestra que no quiero ser. El tiempo es el mayor aliado del olvido y me aterra la idea de levantarme una mañana y darme cuenta de que soy el reflejo de algo que odié —verbalizo por primera vez no sé si dirigiéndome al tatuador o a mí misma—. No quiero que el tiempo me transforme en Doña Luisa —añado con nostalgia.

—Seguro que no. La frase que añades te va a permitir recordar que puedes conseguir lo que te propongas —dice Orlando sorprendiéndome por su capacidad de empatizar.

—Así es. Siempre habrá una hojita de árbol roja que me recuerde, no sólo que hasta el mayor de los incendios se apaga algún día, sino también que el bosque podrá ser repoblado.

Mi piel lleva ya algo más de dos horas expuesta a la punción cuando al fin, el zumbido de su motor enmudece. Me levanto por última vez y me miro en el espejo.

—Voy a ser la chica con el tatuaje más bonito de Huesca— digo emocionada observando sus detalles.

Porque al final la vida se conforma de eso. De detalles que titilan esperando un atisbo de atención. Que pasan inadvertidos, camuflados entre la prisa de la vida y que, si no se dan unas circunstancias cuasi mágicas que nos obliguen a fijarnos en ellos, seguirán anclados a su escondite.

Me detengo en cada punto, en cada línea, en cada trazo. En cada hoja y cada rama que se enredan en mi brazo. Todas entre sí conforman un simbólico árbol rojo. Árbol rojo que atraviesa las pupilas de mis ojos. Y su imagen se asemeja a la que un día coloreé.

—¿Sabes una cosa, Orlando? Es tal como lo imaginé.